

BIRRIEL SALCEDO, Margarita M. y RUIZ ÁLVAREZ, R. (eds.), *De Nación Morisca*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2020, 522 pp. ISBN: 978-84-338-6778-0.

El título de este libro nos remite a una imagen, a un constructo cultural, social y político que fue fruto de la autodefinición de un pueblo: la *nación morisca*. Se trata de un concepto que menudea en las fuentes del siglo XVI y que fue utilizado por los propios cristianos nuevos de moro granadinos para autodefinirse. O más bien: para ubicarse en el mapa político y social de la Monarquía Hispánica. Y es que el sentimiento de pertenencia a un colectivo individualizado e individualizable fue algo consustancial al grupo morisco, especialmente desde el momento a partir del cual se percibió que la «diferencia» podía marcar el devenir del propio grupo. Ese sentimiento, todo hay que decirlo, no fue propio de los moriscos. También se dio en otros «pueblos» que habitaron los dominios del César Carlos y más tarde de su hijo y de su nieto.

Lo que fue diferente fue el contexto en el que se percibió esa identidad común. Es cierto que, en la historia de las gentes de la Monarquía Hispánica durante la época moderna, hay otros ejemplos de cohesión similares, incluso dentro del propio colectivo morisco. Piénsese en Hornachos, donde la unión se prolongó más allá de la diáspora; o en los mudéjares antiguos del valle de Ricote o del Campo de Calatrava, quienes negociaron de manera mancomunada su conversión a cambio de una consideración social planteada en términos de igualdad con los cristianos viejos. Sin embargo, no hay en la historia morisca un ejemplo tan dilatado en el tiempo y tan arraigado en las entrañas del propio grupo como el granadino. Aquí, la «nación» comenzó siendo un sujeto político con fuerza desde el momento en el que fue necesario negociar con la Monarquía. Ahí están los tratos a tres bandas con el Emperador y el Santo Oficio y ahí están los *dineros moriscos*, que durante cuatro décadas proporcionaron «libertad». Pero también, y más allá de Granada, los pactos fiscales a los que la *nación* llegó con Felipe II y Felipe II. Sin embargo, el concepto de «nación» sobrepasa lo estrictamente político y, desde muy pronto, también adquiere connotaciones de tipo cultural y social. Qué decir, si no, de Núñez Muley, quien basó gran parte de las argumentaciones de su archiconocido *Memorial* en resaltar los rasgos de los moriscos, pero no en tanto que elementos diferenciadores, sino como una parte más de la riqueza y diversidad cultural de los reinos de las Españas.

La bibliografía, en ese sentido, es apabullante, pero no suficiente porque, llegados al punto de considerar ese tipo de especificidad, era necesario perfilar sus contornos y delimitar su alcance. Y ese es un cometido que cumple a la perfección el libro que nos ocupa. Un volumen en el que, desde el comienzo, se adivina que existe un trabajo serio y bien fundamentado de edición y de preparación de los textos y que cuenta con la excelente carta de presentación

que suponen los *paseos moriscos* con los que Bernard Vincent se adentra en el devenir de la reciente historiografía morisca.

Los coordinadores han ordenado los trabajos de acuerdo con un plan coherente. Nos situamos ante una treintena de textos, que pueden agruparse en cuatro bloques, aunque, en realidad, todos los trabajos están interconectados y son deudores de temas, enfoques y acercamientos comunes.

Un primer grupo de trabajos está destinado a lo que de modo genérico podrían denominarse como cuestiones de historiografía, pero en un sentido amplio, dado que las reflexiones vertidas en estos capítulos no se limitan al abordaje de cuestiones actuales, sino que se retrotraen a la propia Edad Moderna. Lo más relevante de ese primer bloque es que se adentra en aspectos hoy tan en boga como la identidad, la definición y construcción del relato en torno a los moriscos, la propaganda... que en definitiva son aspectos que contribuyeron a dar forma, precisamente, a la «nación morisca», al menos de cara al exterior.

La guerra, sus consecuencias, sus manifestaciones y su impacto en la propia «nación» copan el segundo bloque de contribuciones. Aquí, lo más interesante es la atención prestada a los vencidos, enfoque que, aunque no es una novedad, está necesitado de aportaciones. No en vano, los acercamientos a la actitud y vivencias de los moriscos en, durante y tras la guerra de las Alpujarras son una constante desde hace años. Sin embargo, lo que resulta atractivo en este libro es que se identifiquen claramente esas cuestiones y no solo en el contenido de los trabajos, sino en sus títulos e introducciones, así como en las aproximaciones metodológicas que preceden a cada aportación, lo cual constituye un punto de partida valiente.

Tercer bloque. La sociedad; pero atendiendo no solo a lo estrictamente social, sino refrescando la consideración tradicional de aquella importante parte de nuestra historiografía. Una actualización que viene de la mano de aportes antropológicos, de los enfoques culturales y de la historia de género, por la que, en caso de los moriscos, tanto han hecho los coordinadores del libro. Junto a lo anterior, también despuntan otros temas como la familia, las relaciones labores o la historia social de la demografía... aspecto este último que tan descuidado tenemos quienes nos dedicamos a la historia morisca en la actualidad.

Finalmente, la economía, parcela que, en los últimos años, tampoco goza de mucho predicamento. Por fortuna, los trabajos que abordan este tipo de cuestiones en *De Nación Morisca* no son pocos y nos remiten a una etapa de nuestra historiografía en la que los investigadores se afanaron en conocer los pilares materiales de la sociedad morisca. En este contexto, este libro refleja con claridad el interés por recuperar el conocimiento de aspectos ligados al hogar, al aprovechamiento de la tierra, a los métodos agrícolas, a la implantación morisca sobre el territorio y a los procesos de repoblación que se pusieron en marcha tras el destierro que siguió a la guerra de las Alpujarras, algo en lo que, de nuevo, se percibe claramente el ascendiente historiográfico de la profesora Birriel.

Se trata, pues, de un libro que es coherente con los derroteros más recientes de la investigación, que incorpora las últimas tendencias y que se hace eco de las inquietudes que plantea el actual devenir de la ciencia histórica, pero que no renuncia a los temas clásicos y que, desde un punto de vista estrictamente formal, está bien organizado, con una disposición lógica de sus contenidos.

Dejando aparte las cuestiones estrictamente temáticas, es conveniente señalar otros aspectos que planean sobre el libro y que no sobra poner de relieve más allá del mayor o menor acierto de cada aportación.

En primer lugar, los autores. Se trata de un elenco de investigadores en el que se aúnan veteranía y juventud, algo que enriquece el libro y no solo por la mezcolanza intergeneracional que se deriva de ese plantel; también porque traslada al texto final los debates surgidos en el seno del encuentro del que nace el libro, así como el magisterio ejercido por los investigadores más consolidados, muchos de cuyos pupilos contribuyen también a las líneas que dan origen a este volumen.

Igualmente, es interesante destacar la orientación de los trabajos. No me refiero a los temas y abordajes diversos que se han comentado ya, sino al binomio global-local que preside la estructura del texto. En ese sentido, es cierto que por el propio carácter del libro, el tema alpujarreño sobrevuela una importante parte de las contribuciones, pero no es menos verdad que hay desarrollos teóricos y metodológicos que rebasan el ámbito puramente granadino y que invitan a reflexiones más amplias, generalizables a todo el asunto morisco.

A ello se une el carácter internacional del libro. De hecho, un tercio de los autores son extranjeros, lo cual demuestra que, a pesar de su carácter aparentemente local, el tema morisco en general, y el alpujarreño en particular, siguen siendo uno de los aspectos de la historia española más tratados por el hispanismo, francés e inglés —europeo en general—, pero también norteafricano, lo cual siempre constituye un motivo de satisfacción porque, si de algo ha adolecido el estudio de los cristianos nuevos de moro, es de continuidad en el intercambio de ideas y proyectos entre las orillas norte y sur del Mediterráneo.

Este último aspecto también es síntoma de la proyección internacional y del recorrido científico de la obra que nos ocupa. Y es así porque las más de quinientas páginas de este volumen actualizan nuestro conocimiento sobre el tema morisco, abren nuevas vías de investigación y consolidan lo ya sabido. Y lo hacen de manera transversal, dialogando con otras disciplinas y sin dejar de mirar al archivo.

Así es como se construye un libro que está destinado a ser apoyatura y referencia tanto para investigadores jóvenes como veteranos y que, como se ha indicado, es fruto de un ímprobo esfuerzo de coordinación. Gracias él, hoy, conocemos más y mejor el mundo morisco, lo cual, siempre es un motivo de satisfacción.

*Francisco Javier Moreno Díaz del Campo*